



APROXIMACIONES AL INDÍGENA MODERNO

Texto y fotos: Catherine Aragón Garzón¹

Ilustrado por: Erik Tálaga



¹ Estudiante de décimo semestre de Antropología y décimo semestre de Periodismo y Opinión Pública.

A los indígenas siempre los había pensado de manera diferente, probablemente debido a la teatralidad y exotismo con que son descritos en películas y textos académicos que se dedican a tomar los aspectos cotidianos de la vida indígena para convertirlos en fábulas de misterio y brujería. Los imaginaba mucho más felices que nosotros, occidentales conocedores de la ciencia y la tecnología, poseedores de verdades indiscutibles. De poder resumirlo en pocas palabras, habría dicho en voz baja que los indígenas eran un tipo de ‘salvajes mágicos’. Y digo en voz baja porque, dentro de la comunidad antropológica, los términos salvajismo y magia pueden conducir a un acalorado debate histórico que entraña décadas de estudios e investigaciones, además de juicios de valor ético, moral y hasta espiritual, que no quisiera abordar en este momento. Sin embargo, no adoptemos estos términos como expresiones exóticas de los indígenas, con ello sólo me quiero referir a la fantasía que puede significarnos la vida del otro, del que no es como uno, del que vive en una realidad y universo tan diferentes y tan similares a los nuestros.

Así las cosas, el llamado *choque cultural* que por años hemos estudiado y del que tantos textos académicos han tratado, se hizo evidente ante mis ojos, o bueno, en principio eso debió haber ocurrido cuando por primera vez pisamos territorio indígena. ¿Territorio indígena? Si bien con anterioridad sabía que la visita era a un cabildo indígena urbano ubicado a las afueras de Villavicencio, nunca habría sospechado encontrarme con un paisaje tan cotidiano.

Sí, estábamos en territorio indígena, a miles de kilómetros de La Chorrera (Amazonas), donde hace varios siglos una cosmogonía de jaguares, anacondas, dantas y venados dio a luz a los más poderosos, fuertes y valientes hombres de la selva amazónica: los uitoto, hijos de la coca, el tabaco y la yuca dulce.

Pero si los indígenas en Colombia viven en la Sierra Nevada, en el Cauca y en el Amazonas, ¿cómo entender que ahora hay una comunidad uitoto a diez minutos de Villavicencio? Aunque parte de la respuesta la podemos encontrar en la figura del cabildo indígena instaurada en la Carta



Estábamos en territorio indígena, a miles de kilómetros de La Chorrera (Amazonas), lugar que dio a luz a los uitoto, hijos de la coca, el tabaco y la yuca dulce.



Las danzas realizadas en el Centro Cultural Etnoturístico El Maguaré hacen parte de un plan turístico, el visitante escucha un discurso político antes de ser presentadas.

Política de 1991, ello todavía nos deja con muchos interrogantes.

Aunque la pregunta resulte obsoleta bajo este marco de normatividad, como dirían algunos juristas, toma sentido desde una perspectiva antropológica. No precisamente porque esta perspectiva retome el típico cliché del antropólogo, confinado por muchos a hacer parte de un grupo de filántropos sentimentales que estudian al hombre primitivo, sino porque este hecho nos acerca a la realidad de un país multiétnico y pluricultural.

El Centro Cultural Etnoturístico El Maguaré nos dio la bienvenida bajo el sol abrazador del medio día de los Llanos Orientales. “Territorio indígena”, seguía pensando, mientras mentalmente repasaba las lecturas de famosos antropólogos como Malinowsky y Claude Lévi-Strauss acerca del primer contacto con los indígenas. “Territorio sagrado”, seguía pensando mientras me dirigía a una imponente maloca que se alzaba a algunos metros de la entrada. ¿Y si no me entendían?, ¿y si me sentaba sobre uno de esos ídolos sagrados que aparecen en las películas y desencadenaba la

furia de una turba de indígenas que persiguen a los intrépidos aventureros...? Me reí de mí misma en silencio. Sin embargo, es interesante observar cómo la modernidad trae consigo la posibilidad de fabricar nuevas vidas a partir de la imaginación. Así es, nuevas vidas.

En la actualidad, los seres humanos tenemos una avanzada capacidad de fabricar nuevas vidas sociales a partir de imágenes, ideas y oportunidades, gracias a la tecnología y al papel que desempeñan los medios de comunicación, de tal manera que somos capaces de recrear muchas posibilidades de vida para nosotros mismos y para los otros. A través de internet, televisión, radio y prensa entre otros, imaginamos la realidad de otras culturas alejadas espacialmente. Así podríamos entender por qué la imagen “prefabricada” de los indígenas colombianos se aleja tanto de la realidad que hemos recreado para ellos. Esto se hizo más que evidente dentro del Centro Cultural Etnoturístico El Maguaré.

No lejos de la entrada, una casa de ladrillos y tejas de zinc rompía con la pseudo imagen que tenía acerca de la vida familiar de un indígena,

un televisor y un DVD adaptados en la parte alta de la pared acabaron con la imagen de “salvaje mágico” que nos han fabricado durante años el cine y los medios de comunicación. Sin embargo, el sonido de tambores que provenía de adentro de la maloca me hizo retornar a los retazos de fantasía que todavía me quedaban.

Un hombre moreno se acercaba hacia el grupo. Tenía una falda artesanal hecha de algún tipo de palma, pintada de vistosos colores en las puntas;

español. ¿Y el acento?, me preguntaba mientras detenía la mirada en su *sombrero* de plumas azules y el collar de dientes que alguna vez fueron parte de algún feroz animal salvaje —al menos eso me obligaba a creer—.

En el segundo piso de la maloca, camas perfectamente ordenadas rompían nuevamente con cualquier esquema mental que hubiese tenido. Los tendidos y cobijas que las cubrían señalaban hermosos motivos infantiles de las películas de Disney World. Ese era entonces el verdadero cho-



“La gente no se viste con los trajes típicos, salvo para sus presentaciones ante los turistas”.

definitivamente no era el típico ‘taparrabo’ que yo me imaginaba. La falda llegaba casi a los talones, que a su vez se adornaban con delgadas líneas de colores. Y mientras recorría con ojos inspectores cada centímetro de su cuerpo, Santiago se presentaba con un amable y caluroso saludo en perfecto

que cultural, pensaba yo mientras me habituaba a la oscuridad del lugar.

Dos entradas iluminaban el interior de la Maloca, largos tablones servían como sillas para atender a los visitantes que se sentaban expectantes de las

palabras de Santiago. En el suelo, la figura de una anaconda blanca, pintada con manchas de colores, separaba dos de las cuatro vigas que sostienen la infraestructura y que simbolizan la importancia del parentesco dentro de la maloca, o vagina de la madre, como es entendida por los indígenas uitoto. Primos, nietos, yernos y tíos son representados en cada una de las vigas, estas son el soporte de la familia y la comunidad.

El espacio en el que conviven cotidianamente estos indígenas es abierto al público. En las noches, nos contaba la hija de Santiago, extranjeros y turistas observan y a la vez son partícipes de una de las culturas amazónicas más grandes de nuestro país. Danzas, baños y cuentos indígenas hacen parte de la puesta en escena como parte de un proyecto político que pretende recuperar y promocionar a la cultura indígena.

Luego de escuchar a Santiago dar la bienvenida, las danzas hicieron su aparición. Cuatro hombres, tres mujeres y un niño se mecían al compás de las flautas y del sonido que producían una especie de bastones con cascabeles. Las mujeres más jóvenes se miraban con picardía entre ellas, y evitaban el contacto visual con los espectadores, no cantaban.

“Allá en La Chorrera la gente no se viste con los trajes típicos, y solo los más ancianos saben bien la lengua, los más jóvenes ya no quieren aprenderla porque es muy difícil, y como no se usa, ya casi ni se practica. Yo no me la he aprendido todavía”, me decía minutos más tarde la mujer más joven del grupo mientras tarareaba un vallenato que sonaba en la radio. Sus palabras me recordaron a Christian Gros, autor que ha tratado el tema de la identidad indígena en Colombia, quien explicaba que desde el proceso de colonización hasta hace menos de un siglo, ser indígena en Colombia era una condición denigrante y humillante que padecían estas comunidades.



Instrumentos rituales.



El espacio en el que conviven cotidianamente los indígenas es abierto al público.

Debido a su condición indígena, explicaba Gros, las comunidades fueron paulatinamente abandonando, rechazando y olvidando sus prácticas, tradiciones, lengua y vestimenta para integrarse a la sociedad, llevando a cabo entonces un proceso de “culturización” que les ofrecía el respeto y dignidad que su condición indígena les negaba. Décadas más tarde, con las herramientas políticas implementadas en la Constitución de 1991, los indígenas emprendieron una lucha por retomar sus costumbres y tradiciones culturales para así acreditarse como “verdaderos indígenas” y de esta manera acceder a derechos como la educación y la salud gratuita, y al derecho a un territorio inalienable.

La situación de los uitoto que residen en el Centro Cultural Etnoturístico El Maguaré no diferiría en mucho del panorama planteado por Gros, en tanto quienes viven allí han tenido que emprender un camino de regreso hacia la indianidad. Aprender la lengua, las danzas y demás tradiciones que antes no se reconocían, ahora es una doble necesidad.

Por una parte, no se pueden olvidar y relegar, ya que son parte del patrimonio cultural, material e inmaterial, y por otra, aportan a los ingresos económicos que ayudan al sostenimiento de este centro cultural.

Para muchos, este hecho sería un claro ejemplo de esencialismo estratégico que juega con la identidad indígena y que sirve como mecanismo de integración económica y comercial para este grupo. Sin embargo, es importante analizar con cuidado este tema, pues no se debe dejar de lado el contexto social del país y las condiciones históricas por las que ha atravesado la comunidad uitoto.

No olvidemos entonces la historia propia de los uitoto, lo que les significó la instauración de la Casa Arana que a comienzos del siglo XX explotaba caucho e indígenas, ni tampoco la influencia que ha tenido la Iglesia Católica, que durante varios siglos se encargó de evangelizar y convertir a los indígenas en cristianos. Pero tampoco dejemos



Miembros del grupo explorador: estudiantes de la Universidad Nacional (izq.) y de la Universidad del Rosario (der.).

de lado el papel que han venido desarrollando diversas ONG y algunos antropólogos que se han dedicado a exotizar a los indígenas con el eslogan *"the indians are beautiful"*. Estos, junto con la protección paternalista del Estado, han contribuido a reconfigurar la identidad de un indígena que paulatinamente ha rechazado y abandonado sus prácticas tradicionales. Entre tanto, el conflicto interno que se ha desarrollado en el país también ha hecho mella en estas poblaciones, ya que muchas se han visto obligadas a abandonar sus territorios y familias para proteger sus vidas. Sin ir más lejos, encontramos a Santiago como protagonista de una historia de violencia.

Mientras los antropólogos clásicos se dedicaban a estudiar las "extrañas" costumbres de los indígenas, los modernos se enfrentan hoy a un efecto globalizador que integra y desintegra a dichas culturas. Formaciones híbridas que resultan de un proceso de dominación simbólica han provocado transfiguraciones espaciales, temporales y mentales que

conducen a un cambio en las relaciones sociales de los pueblos que la academia se ha encargado de llamar sociedades tradicionales. En consecuencia, el intento de recuperar la cultura indígena de los uitoto no responde ya a la tradición ancestral, por el contrario, está motivado por objetivos distintos que incluyen aspectos políticos, económicos y sociales propios de la sociedad occidental.

Así, por ejemplo, las danzas realizadas en el Centro Cultural Etnoturístico El Maguaré están sustentadas por un discurso político previo al inicio de estas, y se presentan como parte de un plan turístico en el que existe un fin lucrativo. Es evidente que su sentido original ha sido transfigurado.

Al final del día no hubo tal turba furiosa ni ídolo irrespetado. La Sirenita y la Bella Durmiente cobijaban a la hija de un jaguar como tantos otros en la realidad, ahuyentados de los bosques de la Amazonía y obligados a convivir en la ciudad ante la mirada inhóspita de "nosotros los civilizados".